



Lun

Nov  
2020

---

Yo, Juan, miré y he aquí que el Cordero estaba de pie sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban grabados en la frente su nombre y el nombre de su Padre. Oí también como una voz del cielo, como voz de muchas aguas y como voz de un trueno poderoso; y la voz que escuché era como de citaristas que tañían sus citaras. Estos siguen al Cordero adondequiera que vaya. Estos fueron rescatados como primicias de los hombres para Dios y el Cordero. En su boca no se halló mentira: son intachables.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,  
el orbe y todos sus habitantes:  
él la fundó sobre los mares,  
él la afianzó sobre los ríos. *R/.*

¿Quién puede subir al monte del Señor?  
¿Quién puede estar en el recinto sacro?  
El hombre de manos inocentes y puro corazón,  
que no confía en los ídolos. *R/.*

Ese recibirá la bendición del Señor,  
le hará justicia el Dios de salvación.  
Esta es la generación que busca al Señor,  
que busca tu rostro, Dios de Jacob. *R/.*

En aquel tiempo, Jesús, alzando los ojos, vio a unos ricos que echaban donativos en el tesoro del templo; vio también una viuda pobre que echaba dos monedillas, y dijo:  
«En verdad os digo que esa viuda pobre ha echado más que todos, porque todos esos han contribuido a los donativos con lo que les sobra, pero ella, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

Iniciamos la última semana del año litúrgico con el libro del Apocalipsis. El relato nos introduce en una visión profética cuyo mensaje nos muestra la relación que existe entre el pueblo elegido y Dios.

El evangelista Juan para ilustrarnos se sirve de símbolos. Uno de ellos, es el número ciento cuarenta y cuatro mil que, pese a las apariencias, no refleja un número cerrado, sino abierto. Su perfección tendrá lugar cuando todos los llamados sean elegidos. El otro signo es el monte Sión, el lugar donde se unen todos los que llevan el Nombre del Cordero y el de su Padre. Esto significa que el pueblo elegido se caracteriza por su relación personal con el Señor. Por la fe, se entra a formar parte de ese pueblo que es la comunidad de los que invocan su Nombre y lo reconocen como la fuente de su salvación.

De la misma manera, nosotros formamos parte de esa comunidad en Cristo, no sólo unos con otros, sino también con el Señor porque Él es vínculo de unidad. Para eso, primero nos ha llamado desde nuestra singularidad y según el lugar que le demos en nuestra vida, somos elegidos. Nos ha dejado como legado la Eucaristía para que lo tengamos presente ahí y en todo lo que hacemos.

Seamos conscientes de lo privilegiados que somos por ser parte de ese pueblo y veamos con sinceridad si invocamos de verdad el Nombre de Dios con nuestro ejemplo.

En el evangelio de hoy encontramos dos grandes contrastes: los ricos y la viuda; el que da de lo que le sobra y el que da lo necesario para vivir. Aquí el verdadero tesoro se centra en la viuda, una mujer que conforme al contexto de su época vive de la caridad.

Su actitud ante Dios es la de no reservarse nada, lo da todo para gloria de Dios. Eso es posible porque tiene su esperanza puesta en el Señor. Por este motivo, merece el elogio de Jesús; porque reconoce en ella no un simple ritual, sino un verdadero abandono a la Divina Providencia que sólo puede venir de aquél que está lleno de Dios y vacío de sí mismo.

Hoy en día, podemos contemplar esta misma actitud en aquellos creyentes que con fidelidad y sincero corazón tienen a Jesús como su único tesoro. El fiel deja todo a la espera de su Señor porque nada tiene que temer. Afronta su día a día con confianza filial. Su entrega no se queda sólo en lo material, da a la Iglesia, a Dios y a su prójimo, su tiempo, su servicio y su amor, porque ve en ellos templos vivos. Así es como termina entregando hasta el rincón más íntimo de su vida, a la vez que se despreocupa de ella, consciente de que hay Otro que cuida de él mejor que nadie.

Cuando somos fieles vivimos así pero cuando no lo somos, tratamos de arreglárnoslas con otras seguridades más propias del mundo que de Dios, por eso ahí damos sólo de lo que nos sobra. Examinemos nuestro interior para ver si nuestros ojos están fijados en el Único que puede darnos vida.



Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Mar

Nov

2020

---

Yo, Juan, miré, y apareció una nube blanca; y sentado sobre la nube alguien como un Hijo de hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro y en su mano una hoz afilada. Salí otro ángel del santuario clamando con gran voz al que estaba sentado sobre la nube:

«Mete tu hoz y siega; ha llegado la hora de la siega, pues ya está seca la mies de la tierra».

El que estaba sentado encima de la nube metió su hoz sobre la tierra y la tierra quedó segada. Otro ángel salió del santuario del cielo, llevando él también una hoz afilada. Y del altar salió otro ángel, el que tiene poder sobre el fuego, y gritó con gran voz al que tenía la hoz afilada, diciendo:

«Mete tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque los racimos están maduros».

El ángel metió su hoz en la tierra y vendimió la viña de la tierra y echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios.

Decid a los pueblos: «El Señor es rey;  
él afianzó el orbe, y no se moverá;  
él gobierna a los pueblos rectamente». R/.

Alégrense el cielo, goce la tierra,  
retumbe el mar y cuanto lo llena;  
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,  
aclamen los árboles del bosque. R/.

Delante del Señor, que ya llega,  
ya llega a regir la tierra:  
regirá el orbe con justicia  
y los pueblos con fidelidad. R/.

En aquel tiempo, como algunos hablaban del templo, de lo bellamente adornado que estaba con piedra de calidad y exvotos, Jesús les dijo:

«Esto que contempláis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida».

Ellos le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?».

Él dijo:

«Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy”, o bien: “Está llegando el tiempo”; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque es necesario que eso ocurra primero, pero el fin no será enseguida».

Entonces les decía:

«Se alzará pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo».

El Apocalipsis es un libro escrito para animar a las primeras generaciones cristianas, sometidas a grandes persecuciones desencadenadas por Roma (la Bestia), instigada por Satanás. Dentro de la simbología que recorre todo el libro, se nos habla del triunfo del Cordero. Las fuerzas del mal quieren impedir el avance del Reino de Dios. ¿Quién se opone a esa “bestia” que quiere usurpar el lugar de Dios? Solo el Hijo del Hombre. Él puede establecer su reinado en el mundo y derrotar a la “bestia” que representa a Roma.

Hoy se nos habla de dos siegas, expresión del triunfo del Hijo del Hombre. Ese triunfo se nos manifiesta en la simbólica siega del trigo y de las uvas. Dos siegas que llevan a cabo dos ángeles. En ellas se manifiesta el exterminio de las naciones paganas.

Anuncia así el triunfo del Cordero, Jesucristo. Él establecerá para siempre su Reino de justicia, ante tanta injusticia y odio levantados contra sus seguidores.

Son momentos muy duros para los creyentes. En medio de ese ambiente de hostilidad, se presenta la salvación traída por Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte.

Jesús es consciente de la fragilidad de nuestra fe y cómo fácilmente podemos dejarnos arrastrar por señuelos que prometen una felicidad fácil. Son engaños para sustituir a Dios por cualquier ídolo de barro.

La sociedad suele presentar diversos señuelos prometiéndonos que tras ellos vamos a conseguir la plenitud que solo Dios puede dar. Jesús nos previene y aconseja no dejarnos arrastrar por promesas vacías. Es la experiencia que todos constatamos. Con frecuencia el simple bienestar material, el poder, el dinero, el placer pueden vaciarnos de todo y sentirnos llenos, pero solo de ese vacío. Esto puede durar un tiempo. El engaño tiene mucha fuerza. Exige poco. Solo que, alejándonos de la “fuente”, podemos caer, sin darnos cuenta, en terreno baldío.

Es bueno cuestionarnos, ¿qué objetivos llenan mi vida? ¿En qué gasto mis fuerzas, en lo puramente material o hay en mí exigencia para seguir buscando a Dios?

Ante la predicción de la destrucción del templo, los oyentes preguntan a Jesús sobre el cuándo tendrá lugar y qué señales precederán a esa caída. Como en otras ocasiones, Jesús no responde a esas preguntas. Sin embargo, ante toda esa descripción aconseja no tener pánico. El pánico es un miedo extremo que puede paralizarnos y confundirnos. Jesús invita a la confianza. Ante lo que pueda suceder es preciso mantener la calma y no dejarnos aplastar por el puro sentimiento. Nos invita a tener en cuenta sus palabras, repetidas con frecuencia en el evangelio: “no tengáis miedo”. ¿Por qué no hemos de tener miedo? Dios es un Padre bueno que no nos va a dejar perdidos entre las desgracias. Jesús sabe que mantener la serenidad en esos momentos es costoso. De ahí la recomendación de no dejarnos llevar por ese sentimiento.

En la pandemia que hemos sufrido ha habido muchas personas que han acudido a Dios. Han acudido, no para que Él solucione los problemas, sino solicitando fuerza para saber vivir todo lo que se nos vino encima. Lo han hecho los sanitarios, enfermos y familiares que han vivido al límite.

Necesitamos siempre su fuerza, pero especialmente en los momentos en que todo parece perder sentido. Confíemos en Él. Nunca nos abandonará. En las pruebas se manifiesta la fuerza de nuestra fe. San Pedro en su primera carta lo expresa muy bien: “Confíadle (a Dios) todas vuestras preocupaciones, puesto que Él se preocupa de vosotros” (1P 5, 7).



Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

San Ignacio Delgado era natural de Villafeliche (Zaragoza), nació el 2311-1761 (algunas fuentes dicen que nació en 1762 y otras que en 1763), y profesó por los años de 1781 en el convento de San Pedro Mártir de Calatayud (Zaragoza). Siendo colegial de Orihuela se incorporó a la Provincia del Rosario. Tuvo que terminar en Manila algunos estudios de teología antes de ser ordenado sacerdote.

Más información en [Grandes figuras](#)

Mié

Nov

2020

---

Yo, Juan, vi en el cielo otro signo, grande y maravilloso: Siete ángeles que llevaban siete plagas, las últimas, pues con ellas se consuma la ira de Dios.

Vi una especie de mar de vidrio mezclado con fuego; los vencedores de la bestia, de su imagen y del número de su nombre estaban de pie sobre el mar cristalino; tenían en la mano las cítaras de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo:

«Grandes y admirables son tus obras, Señor, Dios omnipotente; justos y verdaderos tus caminos, rey de los pueblos. ¿Quién no temerá y no dará gloria a tu nombre? Porque vendrán todas las naciones y se postrarán ante ti, porque tú solo eres santo y tus justas sentencias han quedado manifiestas».

Cantad al Señor un cántico nuevo,  
porque ha hecho maravillas.  
Su diestra le ha dado la victoria,  
su santo brazo. R/.

El Señor da a conocer su salvación,  
revela a las naciones su justicia:  
se acordó de su misericordia y su fidelidad  
en favor de la casa de Israel. R/.

Retumbe el mar y cuanto contiene,  
la tierra y cuantos la habitan;  
aplaudan los ríos,  
aclamen los montes. R/.

Al Señor, que llega  
para regir la tierra.  
Regirá el orbe con justicia  
y los pueblos con rectitud. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, y haciéndoos comparecer ante reyes y gobernadores, por causa de mi nombre. Esto os servirá de ocasión para dar testimonio.

Por ello, meteos bien en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro.

Y hasta vuestros padres, y parientes, y hermanos, y amigos os entregarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán a causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá; con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas».

Lo confieso: nunca me entusiasmó el Apocalipsis, por mucho que signifique “revelación”: correr el velo para que sea vea lo que hay detrás, para descubrir lo que estaba cubierto u oculto. Hay demasiados símbolos que se me escapan. Sé que fue escrito de esta manera simbólica para que los perseguidores de los primitivos cristianos no pudieran entender el mensaje que estaba entre líneas, subterráneo. El sentido finalista que le han dado muchos cristianos pueda que tenga que ver con el final de los tiempos, con el “esto ya se acaba” y triunfará el Señor. En este texto lo más claro, para mí al menos, es ese cántico de alabanza y reconocimiento de la creación toda, ya que ha sido el Señor quien ha hecho rectos y verdaderos los caminos para seguir en tras de Él.

Como imaginación exuberante es fantástico el Apocalipsis. Hablamos de las situaciones apocalípticas cuando son catastróficas, pero no siempre tiene ese significado, sino que es desvelamientos, descubrimiento de los que está detrás en el mensaje para hacerlo visible a la luz. Sabemos que “lo esencial es invisible a los ojos” que diría El Principito. Por eso los creyentes siempre debemos tener los ojos muy abiertos, las antenas de recepción bien dirigidas para saber por dónde vienen la Luz del Señor; saber qué nos quiere decir, interpretar los momentos y situaciones históricas para que no se conviertan en situaciones y momentos históricos.

Si tienen ocasión de asistir a un curso explicativo sobre el Apocalipsis, no lo duden, háganlo. Si no, no pasa nada. Se puede vivir sin saber todo lo que quiere decir. Tampoco hagan mucho caso a grupos que lo interpretan al pie de la letra y amedrantan a los buenos creyentes. Y si alguien se apoya en los textos del Apocalipsis para dar mensajes de “final de los tiempos”, escúchenlos, pero no se dejen embaucar. Como ve, nos les he sacado de ningún apuro bíblico. Pregunten a algún biblista y quizá les aclare algo o les ofusque más.

Es un himno a la realeza y grandeza del Señor. Es muy similar al salmo 96. Alaba al Señor por su victoria, por su gran poder, mostrando su justicia a los pueblos, a la vez que su amor y lealtad hacia el pueblo elegido. Hay que saber dar rienda suelta a la alegría porque el Señor sale victorioso en todo momento. Y con Él, nosotros.

Estamos a punto de terminar el Ciclo A. Parece un texto añadido y escrito en un tiempo tardío. Por eso, este evangelio sí tiene visos apocalípticos, de final nada fácil. Jesús es claro: tenemos la confianza de que Él nos dijo que nos daría las palabras idóneas para la defensa... si es que nos dejan defendernos. El momento es inminente y nos lo harán pasar muy mal. Solemos decir en dicho popular: *No hay mejor defensa que un buen ataque*. No parece que sea éste el momento de atacar a nadie, sino de aceptar lo que el Señor tenga preparado para cada uno.

No debe preocuparnos “el final de los tiempos”, sino el “final del tiempo” de cada uno. Para ello nos vamos preparando, no como unos ingenuos que se dejan llevar, sino como verdaderos creyentes que fundamentan su vida, con sus fallos y pecados, en la misericordia de Dios. Sí, nos atacarán, pero no nos vencerán. Incluso dentro de nuestra propia familia, dice Jesús. También solemos decir que “no hay peor cuña que la de la misma madera”.

Queda ese final brillante y consolador: ni un simple cabello perecerá. Lo que importa es la perseverancia a lo largo de la vida para así poder degustar la salvación prometida. *Por medio de la perseverancia, el caracol llegó al arca (de Noé)*, dice un predicador del S.XIX, Ch. Spurgeon. Perseverancia, paciencia, pasión van íntimamente unidas al éxito. Y no olvidemos que el éxito, el triunfo, es saber inspirar confianza. Si no se inspira confianza... mal asunto. Dice la escritora española Rosa Montero (no sé cómo anda de fe cristiana, imagino que...): “La realidad, aunque rebelde, termina por parecerse a nuestros sueños, si éstos se sueñan con la suficiente perseverancia”. Y nuestro sueño siempre es el de un cielo nuevo y una tierra nueva... en cada amanecer. A veces nos ponen difícil ver la luz nueva del alba, pero...

Hoy es la fiesta de Santa Catalina de Alejandría, patrona de los filósofos. Todos tenemos una veta filosófica, al menos en las preguntas... Las respuestas, si las hubiere, al final...



Casa San Alberto Magno (Madrid)

Margarita nació en la familia de los duques de Saboya-Acaya en 1382 y a los dieciséis años fue dada en matrimonio al marqués de Monferrato, Teodoro II. Habiendo escuchado la predicación de san Vicente Ferrer, ya en su vida matrimonial ansiaba la perfección y, viuda a los treinta y seis años, se retiró con algunas de sus damas a Alba (Lombardía) para en 1441 fundar en su propia casa de Alba el monasterio dominicano de clausura de Santa María Magdalena.

Imitadora de santa Catalina de Siena, cuyas cartas fueron su libro de meditación, sufrió calumnias, enfermedades y persecución, atendiendo heroicamente a los enfermos y luchando y orando por la paz y unidad de la Iglesia. Murió en Alba el 23 de noviembre de 1464 y su cuerpo se venera en la iglesia dominicana de Santa María Magdalena. Su culto fue confirmado en 1669.

*Del Común de religiosas o de santas que practicaron la misericordia.*

#### **Oración colecta**

Oh Dios, que enseñaste a la beata Margarita  
a pasar de su casa real  
al seguimiento de tu Hijo;  
concédenos que, a imitación suya,  
aprendamos a renunciar  
a los placeres del mundo  
para dedicarnos a las cosas divinas,  
y a superar todas las adversidades  
en el amor a su cruz.  
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,  
que vive y reina contigo  
en la unidad del Espíritu Santo  
y es Dios por los siglos de los siglos.

Jue

Nov

2020

---

Yo, Juan, vi un ángel que bajaba del cielo con gran autoridad, y la tierra se deslumbró con su resplandor. Y gritó con fuerte voz: «Cayó, cayó la gran Babilonia. Y se ha convertido en morada de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo, en guarida de todo pájaro inmundo y abominable.

Un ángel vigoroso levantó una piedra grande como una rueda de molino y la precipitó al mar diciendo:

«Así, con este ímpetu será precipitada Babilonia, la gran ciudad, y no quedará rastro de ella. No se escuchará más en ti la voz de citaristas ni músicos, de flautas y trompetas. No habrá más en ti artífices de ningún arte; y ya no se escuchará en ti el ruido del molino; ni brillará más en ti luz de lámpara; ni se escuchará más en ti la voz del novio y de la novia, porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra y con tus brujerías embaucaste a todas las naciones».

Después de esto oí en el cielo como el vocerío de una gran muchedumbre, que decía:

«Aleluya La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos. Él ha condenado a la gran prostituta que corrompía la tierra con sus fornicaciones, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos».

Y por segunda vez dijeron:

«¡Aleluya!».

Y el humo de su incendio sube por los siglos de los siglos.

Y me dijo:

«Escribe: “Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero”».

Aclama al Señor, tierra entera,  
servid al Señor con alegría,  
entrad en su presencia con vítores. R/.

Sabed que el Señor es Dios:  
que él nos hizo y somos suyos,  
su pueblo y ovejas de su rebaño. R/.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,  
por sus atrios con himnos,  
dándole gracias y bendiciendo su nombre. R/.

El Señor es bueno,  
su misericordia es eterna,  
su fidelidad por todas las edades. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Cuando veáis a Jerusalén sitiada por ejércitos, sabed que entonces está cerca su destrucción.

Entonces los que estén en Judea, que huyan a los montes; los que estén en medio de Jerusalén, que se alejen; los que estén en los campos, que no entren en ella; porque estos son “días de venganza” para que se cumpla todo lo que está escrito.

¡Ay de las que estén encintas o criando en aquellos días!

Porque habrá una gran calamidad en esta tierra y un castigo para este pueblo.

“Caerán a filo de espada”, los llevarán cautivos “a todas las naciones”, y “Jerusalén será pisoteada por gentiles”, hasta que alcancen su plenitud los tiempos de los gentiles.

Habrán signos en el sol y la luna y las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y el oleaje, desfalleciendo los hombres por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo, pues las potencias del cielo serán sacudidas.

Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube, con gran poder y gloria.

Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación».

El final del año litúrgico nos trae unas lecturas bíblicas con un lenguaje difícil de comprender para nosotros. El que se conoce como género apocalíptico, y que -dicho de manera muy simple- expresa, en tiempos muy difíciles, la esperanza de que Dios va a revelarse a través de intervenciones portentosas, venciendo el mal y haciendo presente su Reino.

El gesto simbólico del ángel que arroja la gran piedra al mar se está refiriendo en el contexto a Roma, capital del gran imperio, dominadora del orbe conocido. La fuerza, el poder, la prosperidad... la llevaron a considerarse el centro del mundo, la referencia única, la cima de todo cuanto existía. Hasta el punto de introducir al emperador en el ámbito de la divinidad. Esto trajo problemas muy importantes con los cristianos, perseguidos hasta la muerte en diferentes momentos.

Pero el problema no era solamente una cuestión estrictamente religiosa. Aunque en la lectura no lo escuchamos, si leemos el texto completo nos damos cuenta de lo que hay: La ciudad es el símbolo del mal. El éxito, la riqueza, el poder, el lujo, el consumo... son los criterios dominantes, generando pobreza, injusticia, opresión, esclavitud, en definitiva desprecio de la vida y dignidad humana.

Y Roma no fue, por desgracia, la única ciudad funcionando con esos “valores”. Tal vez nuestra sociedad no está muy lejos de todo ello.

¿Qué hacer? Vigilar para poder discernir y no “caer en tentación”. Pero, sobre todo, cultivar la esperanza, la certeza, de que el bien es más fuerte que el mal, y de que Dios ha puesto en nosotros la capacidad de irlo haciendo presente en nosotros y en nuestro entorno.

Ello nos permitirá experimentar la alegría honda de aquellos que han sido invitados al banquete de las bodas del Cordero.

El último discurso de Jesús en el evangelio de Lucas es también apocalíptico, y hoy escuchamos algunos versículos en el evangelio de la eucaristía.

Por un lado, la alusión a la destrucción de Jerusalén (sucedida ya cuando se escribió el evangelio), la ciudad infiel que no ha querido recibir al enviado de Dios, descrita como un escenario de todos los horrores, en el que no es posible encontrar lugar seguro, Y presentada, como hacían los profetas, en términos de castigo divino.



Pero no es el fin de la historia ni del mundo. La vida continúa y recibimos la oportunidad del tiempo para cambiar esa dinámica de infidelidad y abrir las puertas al que viene de parte de Dios.

De otro lado, el anuncio de la parusía, la venida definitiva de Jesús, no en debilidad como en Belén, sino con “gran poder y gloria”. Pero esa última venida nadie sabe cuándo será, ni cómo será. Lo definitivo es que Jesús “ya” está viniendo, y que cada uno podemos vivir ese encuentro con Él que ilumina y transforma la vida.

¿Tenemos algún signo que nos permita vislumbrarlo? “Habrá signos en el sol, la luna y las estrellas... las potencias celestes se tambalearán”. Cuando aquello que considerábamos firme, estable, seguro... se tambalea y va perdiendo significado, y al mismo tiempo comencemos a atisbar que lo único que da soporte, firmeza y sentido a nuestra vida es -en lo más profundo de nosotros- la presencia de Jesús en ella, **¡podemos alegrarnos porque nuestra liberación está cerca!**



Congregación Romana de Santo Domingo

Vie

Nov  
2020

---

Yo, Juan, vi un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una cadena grande en la mano. Sujetó al dragón, la antigua serpiente, o sea, el Diablo o Satanás, y lo encadenó por mil años; lo arrojó al abismo, echó la llave y puso un sello encima, para que no extravíe a las naciones antes que se cumplan los mil años. Después tiene que ser desatado por un poco de tiempo. Vi unos tronos y se sentaron sobre ellos, y se les dio el poder de juzgar; vi también las almas de los decapitados por el testimonio de Jesús y la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen y no habían recibido su marca en la frente ni en la mano. Estos volvieron a la vida y reinaron con Cristo mil años.

Vi un trono blanco y grande, y al que estaba sentado en él. De su presencia huyeron cielo y tierra, y no dejaron rastro. Vi a los muertos, pequeños y grandes, de pie ante el trono. Se abrieron los libros y se abrió otro libro, el de la vida. Los muertos fueron juzgados según sus obras, escritas en los libros. El mar devolvió a sus muertos, Muerte y Abismo devolvieron a sus muertos, y todos fueron juzgados según sus obras. Después, Muerte y Abismo fueron arrojados al lago de fuego —el lago de fuego es la muerte segunda—. Y si alguien no estaba escrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego.

Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de parte de Dios, preparada como una esposa que se ha adornado para su esposo.

Mi alma se consume y anhela  
los atrios del Señor,  
mi corazón y mi carne  
retozan por el Dios vivo. R/.

Hasta el gorrion ha encontrado una casa;  
la golondrina, un nido  
donde colocar sus polluelos:  
tus altares, Señor del universo,  
Rey mío y Dios mío. R/.

Dichosos los que viven en tu casa,  
alabándote siempre.  
Dichoso el que encuentra en ti su fuerza.  
Caminan de baluarte en baluarte. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos una parábola:

«Fijaos en la higuera y en todos los demás árboles: cuando veis que ya echan brotes, conocéis por vosotros mismos que ya está llegando el verano.

Igualmente vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios.

En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».

En la primera lectura de este pasaje del Apocalipsis nos hallamos ante un simbólico y difícil texto. Acudiendo a su final, y apoyados también en otros pasajes del Nuevo Testamento que tocan este mismo tema, podemos decir que nuestro destino último va a ser “un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han pasado y el mar ya no existe”... “y el mismo Dios enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte nos existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo porque todo esto es ya pasado”.

El texto también alude al dragón, la antigua serpiente, el diablo... “que andará suelto por un poco de tiempo”. Es claro que los cristianos, los seducidos por el amor de Jesús, los que queremos seguir por el camino que él nos traza... nos encontramos con la tentación del mal, la tentación de dar la espalda a Jesús, pero con su ayuda tenemos la victoria final asegurada.

En su venida hasta nosotros, el tema principal de la predicación de Jesús fue el reino de Dios. Jesús se esforzó en convencernos de que nos apuntásemos al reino de Dios predicado por él. Que ya en esta vida dejásemos a Dios ser el Rey y Señor de nuestro existir. El que se adueñase de nuestro corazón, el que guiase y rigiese todas nuestras acciones. Pero bien sabemos que ese reinado en nuestro caminar terreno no lo vivimos en plenitud. A veces, vamos detrás de otros dioses, no somos fieles a la palabra dada... Todo parece indicar que el evangelio de hoy hace alusión al final terreno del reino de Dios predicado por Jesús y al comienzo de ese reino en plenitud, al final de los tiempos. Llegará un momento en que la vida terrena desaparecerá y todos los resucitados viviremos en plenitud el reinado de Dios. Solo Dios, que es Amor y nadie más que Dios será nuestro Rey. Nos espera el reinado del Amor. El mal y todos sus hijos serán derrotados para siempre. Es lo que nos ha prometido Jesús. “El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán”.



Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

Nov  
2020

---

El ángel del Señor me mostró a mí, Juan, un río de agua de vida, reluciente como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de su plaza, a un lado y otro del río, hay un árbol de vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para la curación de las naciones. Y no habrá maldición alguna. Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le darán culto. Y verán su rostro, y su nombre está sobre sus frentes. Y ya no habrá más noche, y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz de sol, porque el Señor Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos. Y me dijo:

«Estas son palabras fieles y veraces; el Señor, Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos lo que tiene que suceder pronto. Mira, yo vengo pronto. Bienaventurado el que guarda las palabras proféticas de este libro».

Venid, aclamemos al Señor,  
demos vítores a la Roca que nos salva;  
entremos a su presencia dándole gracias,  
aclamándolo con cantos. R/.

Porque el Señor es un Dios grande,  
soberano de todos los dioses:  
tiene en su mano las simas de la tierra,  
son suyas las cumbres de los montes;  
suyo es el mar, porque él lo hizo,  
la tierra firme que modelaron sus manos. R/.

Entrad, postrémonos por tierra,  
bendiciendo al Señor, creador nuestro.  
Porque él es nuestro Dios,  
y nosotros su pueblo,  
el rebaño que él guía. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones con juergas, borracheras y las inquietudes de la vida, y se os eche encima de repente aquel día; porque caerá como un lazo sobre todos los habitantes de la tierra.

Estad, pues, despiertos en todo tiempo, pidiendo que podáis escapar de todo lo que está por suceder y manteneros en pie ante el Hijo del hombre».

Cuando escuchamos el Apocalipsis de San Juan debemos hacerlo como el niño que escucha a su maestro: libres de todo prejuicio y disfrutando de cada palabra. Se nos está revelando nuestro futuro, nuestra vida plena ante la presencia de Dios y nuestra mente no es capaz, muchas veces, de entender la grandeza que se encierra en estas revelaciones. Podríamos decir que a lo largo de las Sagradas Escrituras se nos va preparando para este momento y, así, encontraremos muchas cosas que ya "nos suenan".

Se nos habla de un río de aguas cristalinas que brota del trono de Dios. El río, el agua, son sinónimos de pureza, de vida: nuestra vida surge de Dios y a Él vuelve. Ya fuimos lavados de toda mancha con la sangre del Cordero, pero debemos ser merecedores de la vida eterna junto a Dios y su ángel nos da la fórmula: "Bienaventurado el que guarda las palabras proféticas de este libro", es decir: seamos fieles a la Palabra de Dios, cumplamos sus preceptos y ganaremos un lugar en su Gloria.

Una vez más Jesús nos dice que debemos estar vigilantes, pendientes de lo que ha de venir, preparados. Sus palabras hoy están más de actualidad que nunca: nos avisa del peligro que corre nuestra alma si nos dejamos llevar por el mundo, por las inquietudes de la vida sin pensar en nuestra salvación, por los placeres fáciles que se nos ofrecen cada día. Serán múltiples las ocasiones en las que nos avise de la importancia de cuidarnos de los influjos externos, de todo aquello que estorba nuestra vida espiritual, de la importancia de la oración, de estar alerta. Y en este pasaje lo hace una vez más.

Es muy importante que cuidemos de nuestra alma, por eso os insisto tanto en la conveniencia de acercarnos al Evangelio cada día. Leer las Escrituras y frecuentar los Sacramentos es la mejor manera de "mantenemos en pie ante el Hijo del Hombre". No sabemos la fecha en que deberemos dar cuenta de nuestra vida, por lo tanto tenemos que estar preparados para cuando llegue, igual que las doncellas prudentes aguardaban con la luz encendida la llegada de sus esposos. Así nosotros podremos mirar a Dios cara a cara sin temor y gozaremos eternamente de su presencia. Cristo nos salvó, nos redimió del pecado, pero nosotros debemos hacer nuestra parte, cumpliendo con los Mandamientos y siendo fieles a su Palabra. La recompensa es grande: gozar eternamente de la presencia de Dios.



Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

El día **29 de Noviembre de 2020** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).